

El doble fin de la tarea educativa del docente: aprender a ser feliz y mejorar como persona

Josu Ahedo Ruiz

Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

En la cuarta ponencia los autores dicen: “si la educación es una apuesta por la perfección humana y por la comunidad, algo en lo que se viene insistiendo hace años (Jaeger, 1957), habrá que decidirse por un proyecto concreto y determinado, todo lo abierto, diverso y comprensivo que se quiera” (p. 29-30). Esta afirmación es preocupante porque da la sensación de que no tenemos un proyecto claro o que el que tenemos no es el más indicado o que, al menos, no estamos totalmente satisfechos con el modelo existente. En atención a las palabras de los autores la clave del proyecto educativo debe ser la perfección humana y la comunidad. Pero qué es la perfección humana, a qué nos referimos cuando decimos que el ser humano se puede perfeccionar (Peñacoba, 2015). Señalamos que el ser humano está constituido por tres entidades constitutivas: afectividad, naturaleza humana compuesta de inteligencia y voluntad y el ser personal (Ahedo, 2010). Esto ayuda a comprender que al hablar de perfección humana se debe atender al modo de perfeccionarse cada una de estas realidades entitativas del ser humano. A nivel psicológico estaría el desarrollo de la personalidad, a nivel antropológico perfeccionar la naturaleza recibida, es decir, adquirir las virtudes que perfeccionan la naturaleza y a nivel personal dar sentido a la perfección adquirida (Ahedo, 2013).

Con el fin de ser prácticos y atendiendo a cómo es el mundo en el que vivimos, a cómo son las costumbres del ser humano y cómo es el modo de comportarse es preciso advertir que el debate educativo actual, con el uso de Internet, ha girado desde el cómo enseñar al qué, volviendo a la inquietud sobre qué es necesario enseñar porque se ha derrumbado el consenso sobre los contenidos a enseñar. Antes nadie dudaba de la conveniencia de aprenderse, por ejemplo, los ríos de España o memorizar la lista de los reyes Godos. Sin embargo, ahora se han generado enormes dudas, ya que se ha estigmatizado cualquier contenido memorístico. ¿Para qué perder tiempo en memorizar si el dispositivo móvil te informa, al instante, de cualquier cosa que se desee conocer? Al hilo de esto, en los últimos años, el debate educativo ha estado centrado en educar las capacidades, o sea, no tanto sobre qué es necesario conocer, sino sobre cómo utilizar el conocimiento aprendido.

Sin duda es interesante este giro porque interpela al docente y le compromete con la decisión acerca de la finalidad de todo conocimiento que enseña. Esto es clave para comprender cuál debe ser la finalidad del proyecto educativo.

Dos son, a nuestro modo de entender, las finalidades que debe guiar todo aprendizaje y lo visualizamos en dos preguntas: ¿Cómo ayuda cada conocimiento y cada aprendizaje a ser mejor persona? ¿Cómo contribuye un conocimiento o aprendizaje concreto a alcanzar la felicidad? Este doble interrogante permite concluir que el fin de la educación y de todo proyecto educativo tiene como punto final “ser mejor persona” y “ser más feliz”. En este sentido, queremos trasladar el debate educativo del qué y del cómo al por qué y para qué, tal y como proponen Martínez y Esteban (2016).

La clave es que el educador se centre en ayudar a cada educando a dar sentido a toda acción libre que cada uno realiza (Pérez y Ahedo, 2020). Al respecto, la realidad social en la que vivimos marca el camino para comprobar cómo, ahora, nuestro yo está mucho más comprometido con todo lo que hacemos porque estamos muy expuestos. La gente observa lo que ponemos en las redes sociales, que gusta a unos, pero no a otros. Estamos totalmente al descubierto porque cualquier persona puede comentar las fotos que subimos a Instagram o a otra red social. Sin embargo, esta alta sobreexposición parece, en cierta medida, consentida por cada uno, puesto que no nos importa, al contrario, es como si una fuerza irreconocible nos empujara a contar lo que hacemos, a mostrar quiénes son nuestros amigos y qué es lo que hacemos. No es que se haya perdido la intimidad, sino que la valoración perceptiva sobre ella ha sido modificada. En esta sociedad de celuloide necesitamos el reconocimiento de los demás, necesitamos sentirnos vivos y el modo es estar en la boca de los demás. ¿Por qué se muestra este diagnóstico de la sociedad actual? Sencillamente porque el proyecto educativo no puede soslayar la realidad circundante, sino los docentes seríamos como extraterrestres en un mundo virtual en el que cada vez cuenta menos qué aprendemos.

En relación con el tema propuesto cabe una pregunta ¿cuál es el papel de las cosas en este nuevo discurrir de la educación? El estudio de las cosas se ha incluido, hasta el momento, en los contenidos a aprender. Por eso, planteamos ahora una cuestión altamente relevante según cuarta ponencia y nos referimos a cómo introducir el amor a las cosas en la tarea educativa. En este punto es preciso distinguir, en primer lugar, las cosas inertes, que no han sido generadas por el ser humano, que constituyen el conjunto de la naturaleza y que, por tanto, el ser humano debe concretar cuál es la relación más correcta con ellas. De esta

relación entre cosas inertes y seres humanos ha surgido la educación medioambiental, cuestión sumamente importante porque esa relación muestra cómo es la relación del ser humano con su cuerpo. Ahora los jóvenes se creen dueños de su cuerpo y lo llenan de tatuajes; es un modo de expresarse, se muestran a los demás con su cuerpo tatuado, de modo que si quieres conocerle debes también conocer sus tatuajes. Está claro que somos dueños de nuestro cuerpo, del mismo modo que somos dueños de la tierra que habitamos, pero precisamente ese *ser dueños* nos interpela sobre cómo ejercer el dominio sobre el mundo. En este sentido, la educación medioambiental quiere dar respuesta a cómo debe ser el dominio que el ser humano debe realizar sobre la tierra habitada. Es un dominio condicionado y limitado, pero lo relevante es si de esa relación surge el amor. ¿Se puede amar el mundo en el que vivimos, que nos ha sido dado y cuyo origen nos es desconocido?

El segundo tipo de cosas son aquellas que son producto del obrar humano, que forman parte de la cultura en la que vivimos. La relación con estas cosas implica un dominio diferente porque es el propio ser humano, quien es protagonista de la existencia inmediata de esas cosas, que les damos nombre y parece que dejan de ser cosas y se convierten en objetos. Este cambio en el modo de catalogar estas cosas prefabricadas llamándolas objetos es importante porque es la condición para que pueda surgir atracción hacia ellas y, como consecuencia, un amor. Este amor a estas cosas prefabricadas -objetos humanos- puede ser de tres tipos: pasional, fruto de la afectividad, pero sino se le da un sentido adecuado puede surgir un apego hacia esos objetos. Por ejemplo, alguien se compra un coche y no lo deja porque está apegado a él. Este tipo de amor, netamente caprichoso, impide que a la relación entre el ser humano y ese objeto se le pueda dar un sentido en referencia con la doble finalidad educativa apuntada -mejora personal y felicidad-. El segundo tipo es un amor pragmático, se usa ese objeto en la medida en que es útil para algo. Si deja de ser útil, uno puede prescindir de él. El sentido educativo que se da a la relación con esta cosa es puramente utilitario. También este segundo tipo puede estar imbuido por el placer, porque uno puede apegarse también a ellas, soslayando una auténtica finalidad educativa. El tercer tipo es un amor en relación con el fin último de la persona, que es la felicidad. En esta relación con el objeto, la finalidad está en descubrir en qué medida el uso de este nos puede ayudar a ser mejor persona y, por tanto, más feliz.

Respecto a la doble finalidad de todo aprendizaje, conviene señalar algunas aclaraciones. Primera, ha dado cierto miedo hablar de felicidad en el mundo educativo porque se consideraba que la felicidad es algo que debía alcanzar cada ser humano por sí mismo y

que no podía entrar dentro del currículum académico. La felicidad se ha considerado perteneciente a la esfera privada y ningún docente se visto en la obligación educativa de ayudar en este aspecto porque quién soy yo, como docente, para enseñarle a mis estudiantes a ser felices. Sin embargo, si ser feliz es un aprendizaje, entonces cabe la posibilidad de ser aprendido y, por tanto, es posible que sea enseñado (Lyubomirsky, 2018). Nos preguntamos, como docentes, si hay algún aprendizaje más noble, útil y pragmático al mismo tiempo y que pueda ser amado que el hecho de ayudar a otros a ser felices. Sin duda este debate ya se ha superado porque ahora sí que se habla de felicidad en las escuelas, sobre todo, por el impacto de la psicología positiva (Arguís, Bolsas, Hernández y Salvador, 2010).

Resuelto el dilema de si es pertinente hablar de felicidad en el aula es, al mismo tiempo, necesario aclarar qué se entiende por felicidad. En esto la psicología positiva ha sido práctica y ha propuesto que la felicidad es el equivalente al bienestar emocional (Fernández, 2009). Este bienestar es absolutamente necesario, pero el ser humano es más que emociones porque intentamos este reduccionismo de la felicidad al equiparlo a sentirse bien, a tener paz con uno mismo a aprender a que las emociones positivas fluyan y a disipar las negativas. De verdad creemos que ser felices es sentirse bien o que el flujo de las emociones positivas sea superior a las negativas es suficiente para ser felices. La segunda aclaración es pertinente porque no conviene confundir *ser feliz* con *estar feliz*. La traducción inglesa del verbo *to be* puede ser la causa de esta confusión. Por eso, hablar de felicidad es referirse a ser feliz, en relación con lo más propio del ser humano que es su ser persona. Por eso, la felicidad tiene que ser aquello que nos ayude a mejorar como persona y no solamente quedarse en la mejora emocional.

En conclusión, la tarea educativa no debería soslayar el aprendizaje de la felicidad, pero no incluida solamente como parte de un contenido teórico, sino como un aprendizaje transversal, ya que ser feliz es algo que debe estar siempre presente en la relación educativa entre el docente y el estudiante, puesto que hay más útil que aprender a ser feliz. Esta cuestión de la felicidad como parte central de la educación nos sirve para retomar la cuestión de fondo de la educación para centrar el proyecto educativo en el *por qué* y en el *para qué* y no tanto en el *qué* o en el *cómo*. Esta clave educativa centrada en el *por qué* y en el *para qué* es lo que da un sentido a la labor docente en conexión con la persona, puesto que formamos personas y no solamente individuos a los que educamos porque educar no es domesticar (Calderero, 2014).

Referencias bibliográficas

- Ahedo, J. (2010). *El conocimiento de la naturaleza humana desde la sindéresis. Estudio de la propuesta de Leonardo Polo*. N° 223. Cuadernos de Anuario Filosófico.
- Ahedo, J. (2013). La necesidad de educar según el hábito de la sindéresis. *Metafísica y persona, Filosofía, conocimiento y vida*, 5(10), 3-21.
- Arguís, R., Bolsas, A. P., Hernández, S., & Salvador, M. (2010). Programa “Aulas felices”. La psicología positiva aplicada a la educación. Publicado en <http://catedu.es/psicologiapositiva/aulas%20felices.Pdf>.
- Calderero, J. F. (2014). *Educar no es domesticar*. Sekotia.
- Fernández, M. R. (2009). Construyendo nuestra felicidad para ayudar a construirla. *Revista Interuniversitaria de Formación del Profesorado*, 66 (23,3) 231-269.
- Jaeger, W. (1957). *Paideia*. FCE.
- Lyubomirsky, S. (2008). *La ciencia de la felicidad. Un método probado para conseguir el bienestar*. Urano.
- Martínez, M., & Esteban, F. (2016). *La educación en teoría*. Síntesis.
- Peñacoba, A. (2015). Educación como perfeccionamiento del ser humano: una propuesta de Millán-Puelles. *Tesis psicológica: Revista de la Facultad de Psicología*, 10(1), 162-173.
- Pérez, J., & Ahedo, J. (2020). La educación personalizada según García Hoz. *Revista complutense de educación*, 31(2), 153-161